Tres libros tres de Enrique Maza

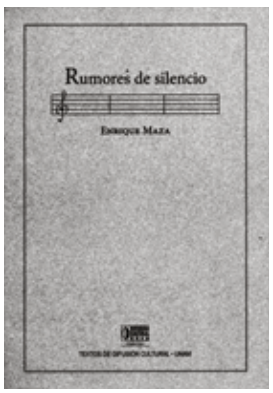
Ignacio Solares

El *Diccionario de la Real Academia* incluye dos definiciones de *polémica*: una, militar ("arte que enseña los ardides con que se puede atacar o defender una plaza") y otra de sentido general ("controversia por escrito sobre materias teológicas, políticas, literarias o cualesquiera otras").

Después de leer *La libertad de expresión en la Iglesia* (Océano, 2007), de Enrique Maza, tenemos la dolorosa certidumbre de que, a lo largo de su turbulenta historia, en lugar de atenerse a la acepción segunda, la Iglesia ha elegido por lo general la primera, o sea la militar, y en consecuencia recurre a *ardides* para rechazar o descalificar cualquier supuesta argumentación en su contra. Vale la pena recordar que *ardid* (también según la *Real Academia*) es "artificio, medio empleado hábil y mañosamente para el logro de un intento". Ese ardid, resulta obvio, tiene como fin la conservación del poder a como dé lugar. Inclusive a costa de la vida espiritual misma, que debería ser el origen y sustento de cualquier comunidad religiosa. La autoridad eclesiástica ha utilizado el poder de una manera contraria a lo que predica, porque la unidad evangélica radica, en todo caso, en amarse unos a otros, y no necesariamente en pensar igual.

A partir de su exhaustivo (y amenísimo) examen del tema, la conclusión de Enrique Maza es contundente: "Cada vez son más las personas que sólo rinden cuentas a su conciencia. La Iglesia romana parece desligada de su tiempo y de la modernidad, reducida a un catálogo abstracto de enunciados dogmáticos, que la mayoría de la gente no entiende, y a una serie de leyes y de prohibiciones que la mayoría no conoce o no cumple".

Del papa Gregorio XVI —quien en el siglo XVIII condenó absolutamente la libertad de imprenta, y alabó el *Índice de Libros Prohibidos* y hasta su quema— pasando por León XIII —quien apenas unos años después responsabilizó a la prensa de los males que aquejaban a la época, y habló del "escándalo" del teatro, de los libros, de los periódicos, en fin, de las artes en general—, incluyendo a los inquisidores españoles —quienes prohibieron que se publicaran o importaran novelas en las colonias con el argumento de que esos libros disparatados podían ser perjudiciales para la salud espiritual de los indios, por lo que los hispanoamericanos sólo leyeron ficciones de contrabando durante trescientos años hasta que apareció la primera novela con tal nombre en México en 1816—, hasta llegar a la Iglesia contemporánea —plena de censuras a sus mejores escritores y a movimientos como la *Teología de la Liberación*— y rematando con el propio Joseph Ratzinger quien desde la comisión inquisidora de la Iglesia, impartió represión a raudales, acallamientos y amenazas, de las que, por cierto, no se libró el sacerdote jesuita Enrique Maza, por lo que sabe muy bien de qué habla.



Todo esto ha traído una desmoralización creciente entre creyentes y no creyentes. "El daño es incalculable", como dice Enrique Maza.

Por eso en un momento como el actual, en que todas las utopías están en cuarentena, tal vez sea conveniente recurrir a conceptos primarios y sencillos que sirvan como común denominador —integrador— y no como factor de caos y dispersión.

Porque si las grandes utopías ya no tienen vigencia, ¿qué decir de las pequeñas utopías? Por ejemplo, el simple fomento de la individualidad y la libertad de conciencia. Sólo falta hacerlas crecer, escribir sobre ellas, arrimarles verosimilitud, implantarlas en la vida social y no permitir que las envíen, para su lavado y planchado, a alguna cercana "tintorería ideológica".

Volver a creer… en lo más simple.

Es en este sentido que *La libertad de expresión en la Iglesia* de Enrique Maza nos llena de aliento y nos refiere muy directamente a un texto de Juan XXIII, que cita:

"Entre los derechos universales, inviolables, de la persona humana, está el derecho a la libertad en la búsqueda de la verdad cotidiana y en la expresión y en la difusión del pensamiento. El periodista católico debe ser enseñado a defender la verdad, la justicia y la integridad de los seres humanos, antes que la religión y el Evangelio mismos".

Después de todo, si existe una "mala fe", por qué no suponer que también pueda existir una "buena duda".

Ahora, un par de años después, Enrique Maza publica *Rostros del hombre. Los caminos de la libertad frente a los absolutos* (Océano, 2008). Se trata de una meditación —escrita con la misma sencillez y claridad que el libro anterior— que toma como punto de partida las sagradas escrituras para explorar temas como la libertad, la divinidad, la santidad, la muerte, el suicidio… Quizá, su pasaje más revelador sea precisamente cuando escribe sobre este último tema, de una actualidad incuestionable. Cita el capítulo 14 del segundo libro de los Macabeos, que vale la pena reproducir:

Denunciaron ante Nicanor a un tal Razis, del Senado de Jerusalén, muy estimado en su comunidad, al grado de llamarlo "padre". Al principio de la secesión había sido acusado de practicar el judaísmo, al que se entregó en cuerpo y alma. Nicanor quería mostrar su malevolencia con respecto a los judíos y envió a más de quinientos soldados para arrestarlo, seguro de que con ello asestaba un duro golpe a los judíos (…) A los soldados se les ordenó prender fuego e incendiar las puertas del sitio donde vivía Razis. Entonces Razis, acorralado, se clavó la espada, prefiriendo morir noblemente antes que caer en las garras de aquellos criminales y tener que sufrir ultrajes indignos de su nobleza. Pero en la precipitación de la lucha no acertó con el golpe que se propinó a sí mismo, y las tropas entraban ya puertas adentro. Entonces Razis se dejó caer de lo alto de una muralla. Los soldados retrocedieron de inmediato. Razis todavía respiraba. Aún se levantó enardecido, se encaramó en una roca y ya completamente exangüe se arrancó los intestinos, los tomó con las dos manos y se los tiró a las tropas. Suplicó al Dueño de la vida y del espíritu que se los devolviera de nuevo y así murió.

Razis se suicida, nos dice Enrique Maza, pensando en la resurrección. "Suplicó al Dueño de la vida y del espíritu que le dedolviera sus intestinos". Jamás le cruza por la cabeza que pueda ofender a Dios, al contrario, Dios se complace con su suicidio. La *Biblia* nos lo presenta como un héroe porque prefirió quitarse la vida a vivir deshonrado. Su suicidio es una hazaña gloriosa a los ojos de los hombres y a los ojos de Dios. Porque las razones de vivir (o de morir) son más importantes que la vida misma. Si la vida no es digna de un hombre, si no es una vida plenamente humana, podemos renunciar a ella. La vida biológica, orgánica, no es un absoluto en sí misma ni puede estar por encima de lo humano. Dice Enrique Maza: "Otra de las grandes enseñanzas del episodio de Razis es que nadie empieza a vivir realmente sino hasta que encuentra algo por lo que vale la pena morir. Cuando eso se pierde o se ve gravemente amenazado, más vale morir".

Como dice en otro pasaje del libro Enrique Maza: "Jesús fue un hombre libre y vino a eseñarnos la libertad". Libertad en relación a las mentalidades instituidas, en relación a las prácticas religiosas y a la religión establecida. No despreció el sábado o el ayuno. Conoció su valor y su importancia. Él mismo se sometió. Pero nos enseñó que son sólo medios. Porque "no es el hombre para el sábado, para la ley, para los ritos, sino al contrario". Podríamos agregar: el hombre es, ante todo, para sí mismo, para sólo entonces, ser para su prójimo y para Dios.

Por último, cabe señalar que este año Enrique Maza publica su primer libro de poemas, *Rumores de silencio* editado por la Dirección de Literatura de la UNAM.

La publicación de esta obra, largamente meditada, nos dice, no hace sino condensar de manera espléndida una serie de acercamientos y constantes en el pensamiento del autor: la ausencia, la memoria, la soledad, el deseo, la inmensidad, el humanismo, la otredad, la distancia, el olvido. El hombre como fin y no como medio. Después de todo, dice, su vida *es un camino, la tentativa de un camino, la audacia de un camino, o simplemente la estrechez de un sendero hacia sí mismo.*

Silencio tempestuoso del mar,
enigma de su ausencia,
cuando más arrebata,
cuando más sacude nuestra barca inerme,
cuando más nos sentimos tragados por sus olas.
Silencio enorme de la noche.
Vendavales de sueños y de estrellas
sobre la apostasía planetaria.
Los caminos se callan
en busca de milagros
que nunca llegan.

Cuando Martin Heidegger realizó una apología sobre las razones de la poesía, estableció como punto de partida una pregunta esencial: "¿Para qué poetas?". El filósofo alemán resumía el título de su disquisición desde la elegía *Pan y Vino* de Hölderlin: "¿Y para qué poetas en tiempos de penuria?".

Nuestra incapacidad como sociedad y como individuos para evitar repetir los vicios de la Historia, con mayúscula, nos ha impulsado a seguir por senderos que se bifurcan hacia el desamparo y la miseria, esencialmente espirituales; esto sin que la religión, ninguna religión, tenga reservado un nicho privilegiado para albergarnos o afrontar lo que semejante desafío significa: reorientarnos, tornar a nuestro rumbo, nuestro verdadero rumbo.

Sentenciaba Heidegger que "si hoy en día casi no entendemos la pregunta, ¿cómo vamos a comprender la respuesta de Hölderlin?", para quien con la aparición y el sacrificio de Cristo inició el fin del *día de los dioses*: atardece: la noche del mundo extiende sus tinieblas y la era nuestra está determinada por la ausencia del Dios.

Así lo matizaba el profesor de Friburgo: "El tiempo de la noche del mundo es el tiempo de penurias porque se torna cada vez más indigente (...) En esta era que es la noche del mundo hay que experimentar y soportar el abismo del mundo, pero para ello es necesario que algunos, por lo menos algunos, intenten llegar hasta ese abismo para darnos noticias de él".

Dice Enrique Maza: *Con el amor en la noche / Los ojos mueren abiertos.*

Los poetas son esa clase de hombres dispuestos a cargar con el peso de la verdad, *llegar al abismo para traernos noticias de él.* Enrique Maza, quien *aprendió a entender la vida por el dolor y la prueba, que es silencio porque es un ser de tierra, que sólo tiene palabras de límites y pobreza, quiere que su silencio se haga palabra.* De esta forma canta con entusiasmo al dios del vino, Dioniso; percibe la huella de los dioses huidos, la sigue y traza, desde ahí, con rumores y *silencio de lo que somos*, el posible camino del cambio.

Un exhorto a que entremos en ese camino del cambio *por donde queramos, ya que una serie de versos ha dejado cien puertas abiertas...* después de todo, *no hay palabras que escuchar. Sólo entender el silencio.*